
[Influencias de Dante: Virgilio, Horacio, Ovidio y Estacio]

En este ejercicio se familiarizó muchísimo con la obra de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, de Estacio y de todos los demás poetas famosos. No deseaba solamente conocer sus obras, sino que empezó a imitarlos con la altura de sus versos (como muestran sus obras, de las cuales hablaremos más adelante).

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 16-17

[Entre la filosofía, la poesía y la teología: un espíritu dedicado al saber]

[...] Por eso, distribuyendo debidamente su tiempo, se dedicó al estudio de la historia y de la filosofía con diversos maestros, no sin entrega y afán intensos. Absorbido por la dulzura del conocimiento de la realidad del cielo y de lo que encierra, al no encontrar en su vida nada más querido que este deseo, abandonó toda inquietud temporal y se entregó por completo al estudio. Y para que ningún aspecto de la filosofía permaneciera oculto ante su mirada, se adentró con agudo ingenio en las profundidades elevadísimas de la teología. [...] Justamente mereció títulos elevados por sus muchos estudios: mientras estuvo vivo, algunos siempre lo llamaron «poeta», otros «filósofo» y muchos «teólogo».

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 17-18

[El amor y la pérdida de Beatrice en *Vita nova*]

[...] En el grupo de los jovencitos se encontraba una hija del mencionado Folco, cuyo nombre era Bice (así la llamaban como diminutivo de su nombre originario, Beatrice). Tendría unos ocho años y era muy hermosa, de acuerdo con su niñez, amable y agradable en sus actos, de costumbres y palabras mucho más solemnes y modestas de las que su edad requería. Los rasgos de su rostro eran muy delicados y equilibrados: además de belleza, rebosaban tal gracia y honestidad que muchos la consideraban un ángel. Esta niña, pues (como la pinto o tal vez mucho más bella), apareció en la fiesta ante nuestro Dante (no creo que por vez primera, pero sí por primera vez con la capacidad de enamorarlo). Y él, pese a que todavía era un niño, recibió en su corazón la imagen de ella con tanto afecto que desde entonces no pudo olvidarla jamás. Nadie sabe cómo ocurrió, pero Dante, pese a su temprana edad, se convirtió en un ferviente servidor del amor. Tal vez se debió a la semejanza de inclinaciones y de costumbres, o a una especial influencia de los astros, o tal vez—como vemos a menudo en las fiestas—por la dulzura de las canciones, la alegría

general, la delicadeza de la comida y del vino, que hacen que los ánimos de los hombres maduros y también de los jóvenes se expandan y se abran al placer.

Al margen de las hipótesis acerca de los eventos infantiles, lo cierto es que las llamas del amor se multiplicaron con la edad, hasta el punto de que nada le generaba placer o consuelo que no fuera verla a ella. Por eso, abandonando el resto de asuntos, iba solícito adonde creía poder verla, como si su rostro y sus ojos pudieran entregarle todo bien y todo consuelo.

¡Oh, juicio insensato de los amantes! ¿Quiénes, si no ellos, considerarían que añadir estopa reduce las llamas? Cuántos y cuáles eran los pensamientos, los suspiros, las lágrimas y las demás pasiones profundas que, con la edad, Dante experimentó en nombre de este amor, él mismo lo cuenta en parte en su *Vita nova*, por eso no me entretengo en relatarlos. Pero no quiero dejar de mencionar algo: según él mismo escribe (y según el testimonio de quien conoció su deseo), este amor fue honestísimo y nunca apareció, ni a través de una mirada, una palabra o un gesto, ningún apetito libidinoso ni por parte del amante ni por parte de la amada. Y no es un detalle sin importancia en nuestro mundo presente, en el que ya no se disfruta del placer honesto, acostumbrados como estamos a conseguir lo que nos gusta según nuestros deseos, antes incluso de haber decidido amar. Y despierta admiración, en cuanto algo rarísimo, quien ama de otra forma.

Si tanto amor y tan prolongado pudo influir en el apetito, en el sueño y en toda quietud, ¿cuánto podríamos considerar que obstaculizó los estudios sagrados y el ingenio? No poco, sin duda. Muchos creen que el amor activó el ingenio, por las palabras hermosas, en idioma florentino y en rima, que Dante escribió elogiando a la mujer amada y expresando su pasión y su concepción del amor. Pero yo no estoy de acuerdo. No quiero afirmar, por tanto, que el estilo adornado sea parte importantísima de toda ciencia, porque no es cierto.

Como todos sabemos, en este mundo no hay nada estable, y si hay algo que cambia ligeramente es nuestra propia vida. Si sentimos un poco más de calor o de frío, dejando de lado los otros accidentes infinitos y posibles, pasamos sin dificultad del ser al no ser. Amabilidad, riqueza y juventud no están exentas de esta condición: Dante experimentó la muerte de otros antes que la suya, como consecuencia del peso de esta ley común. La bellísima Beatrice estaba a punto de cumplir veinticinco años cuando (así lo dispuso El que todo puede) abandonó la angustia de este mundo y alcanzó la gloria que sus méritos le habían asegurado. Dante reaccionó a su partida con tanto dolor, tanta aflicción y tantas lágrimas que muchos de sus amigos y parientes más cercanos creyeron que solo las disiparía la muerte. Y consideraron que esta se produciría en breve, al ver que él no atendía a ninguna palabra de consuelo o de alivio.

Los días eran noches y las noches, días. No transcurría ni una hora sin lamentarse, sin suspirar y sin llorar lágrimas copiosas: sus ojos parecían dos fuentes abundantísimas de agua de manantial (era sorprendente que tuviera líquido suficiente para tanto llanto). Pero, como sabemos, las pasiones se vuelven tolerables cuando se experimentan de forma continua y, al mismo tiempo, todo disminuye y se apaga con el tiempo. Así ocurrió que Dante, tras varios meses, consiguió recordar —sin llorar— que Beatrice había muerto y, con juicio más imparcial, cuando el dolor dio paso a la razón, reconoció que ni el dolor ni los suspiros ni ninguna otra cosa podrían devolverle a la mujer perdida. Por tanto, se dispuso a

soportar su pérdida con más paciencia, y no pasó demasiado tiempo hasta que, tras abandonar las lágrimas, también los suspiros (que, de hecho, ya estaban a punto de acabarse) empezaron a desvanecerse para no volver.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 20-24

[La esposa Filosofía]

[...] Pero que no se crea que yo, por lo dicho hasta ahora, pretendo concluir que los hombres no tienen que tomar esposa, es más, los admiro mucho (no a todos). Que los filósofos dejen el matrimonio para los ricos bobos, para los señores y los trabajadores, y ellos sigan deleitándose con la filosofía, que es una esposa mucho mejor que cualquier otra.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 30-31

[París, el estudio de la filosofía y la teología de Dante]

[...] Y en cuanto pudo fue a París. Allí se dedicó por completo a la filosofía y a la teología, recuperando de las otras disciplinas lo que tal vez había olvidado por los problemas a los que había tenido que enfrentarse.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 37.

[La lengua vulgar e influencias de Homero y Virgilio]

[...] Allí, con sus demostraciones, conquistó a muchos admiradores de la poesía en lengua vulgar. Lengua que, en mi opinión, él fue el primero entre nosotros, los itálicos, que exaltó y apreció, al igual que Homero entre los griegos y Virgilio entre los latinos. Antes que él, aunque se crea que el idioma vulgar no se había utilizado durante mucho tiempo, nadie se atrevió o quiso utilizarlo para construir versos y rimas y convertirlo en instrumento de expresión de temas morales, es más, solo se usaba para temas amorosos y ligeros. Dante mostró con eficacia que cualquier materia elevada puede tratarse en nuestra lengua vulgar, que él volvió más gloriosa que cualquier otra.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 41.

[Anécdota del descenso al Infierno]

Un día, en Verona, cuando la fama de sus obras ya eran muy difundida y —sobre todo por aquella parte de su *Comedia* que él titula «Infierno»— él era muy conocido por hombres y mujeres, al pasar ante una puerta donde varias mujeres estaban sentadas, una de ellas, en voz baja (pero no tan baja como para que él y quien lo acompañaba no lo oyeran), le dijo a las otras: «Mujeres, ¿veis a aquel que baja al infierno y vuelve cuando quiere y trae noticias de los que están allí abajo?». Una de ellas contestó ingenuamente: «Dices la verdad, ¿no ves su barba crespa y el color moreno por el calor y el humo que hay allí abajo?». Al oír estas palabras y sabiendo que procedían de la pura ingenuidad de las mujeres, casi se alegró de que ellas tuvieran esta opinión, sonrió y siguió caminando.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 53-54.

[La memoria de Dante para las disputas *quodlibet*]

Era un poeta de una capacidad maravillosa, de memoria muy firme y de inteligencia perspicaz: cuando estuvo en París, mientras argumentaba una disputa *de quodlibet* (se solía hacer en las escuelas de teología), memorizó catorce cuestiones planteadas por distintos hombres valiosos y en materias diferentes, con los argumentos a favor y en contra propuestos por los oponentes, y las recitó sin interrupción y ordenadamente, tal como habían sido planteadas. Y siguiendo el mismo orden, sutilmente las resolvió contraslando los argumentos contrarios. Los presentes consideraron que había sido casi un milagro.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 57-58

[El laurel de los poetas]

[...] Por qué el laurel fue elegido entre todas las hojas para ser símbolo de la coronación no será algo incómodo de explicar.

Sabiendo que Dafne, amada por Febo, fue convertida en laurel y siendo Febo el primer autor y defensor de los poetas, sus triunfos y sus cítaras se coronaron con laurel por el amor que él sentía hacia aquellas hojas. Por tanto, algunos creen que fue elegido como ejemplo por los hombres y que lo que Febo hizo antes fue la razón de la coronación de poetas y emperadores con aquellas hojas. Esta opinión no me desagrada y no niego que pudo haber sido así, pero me inclino por otra razón, y es la siguiente.

Según explican los que investigan la virtud y la naturaleza de las plantas, el laurel, entre otras, tiene tres propiedades muy notables. La primera, como es evidente, es que nunca pierde verdor ni espesor; la segunda es que este árbol nunca fue fulminado y no tenemos noticia de ningún otro igual; la tercera es que huele muy bien, como se puede fácilmente percibir. Los antiguos inventores de este honor consideraron que estas tres propiedades le convenían a las obras virtuosas de los poetas y de los emperadores victoriosos. Ante todo, el verdor perpetuo de las hojas muestra que la fama de las obras de quienes se coronaban,

o se coronarían en el futuro, siempre permanecería viva. Luego consideraron que sus obras eran tan poderosas que ni el fuego de la envidia ni el fulgor del paso del tiempo, que todo lo consume, podrían fulminarlas jamás, así como el fulgor celeste no alcanzaba al árbol. Y, además, convenía que jamás estas obras, por mucho tiempo que pasara, fueran menos agradables y delicadas para quien las escuchara o las leyera, sino que siempre siguieran siendo bien recibidas y bien percibidas. Por tanto, merecidamente la corona de laurel, mejor que de otras hojas, se adecuaba a semejantes hombres, que se correspondían con sus características, como ha quedado manifiesto. Por eso —y no sin razón— nuestro Dante deseaba tan ardientemente ese honor y ese testimonio de virtud, como lo es para quienes hacen dignos de decorar con él sus sienes. Ahora es el momento de cerrar esta discusión y volver allí donde la abrimos.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acanilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 72-73.

[Güelfos y gibelinos, política florentina]

Creo que la ira justa de Dios permitía que la Toscana y la Lombardía llevaran mucho tiempo divididas en dos partidos, de los cuales (no sé de dónde procedían los nombres) uno se llamó y se llama «parte güelfa» y el otro «parte gibelina». Y estos dos nombres gozaron de tanta eficacia y veneración en las almas necias de muchos que, con tal de defender lo que alguien eligiera en contra, no les parecía mal perder todos sus bienes y hasta la vida, si era necesario. Y bajo el gobierno de estos partidos, las ciudades itálicas sufrieron muchas veces presiones gravísimas y profundos cambios. Entre otras, experimentó esos vaivenes nuestra ciudad, dirigida ora por uno, ora por el otro partido, según las mutaciones ciudadanas. Los antepasados de Dante, que eran güelfos, fueron expulsados dos veces por los gibelinos y él, de la misma forma, siendo güelfo, mantuvo las riendas de la república en Florencia y fue expulsado, pero no por gibelinos, sino por los propios güelfos (como hemos explicado). Cuando vio que no podía volver, cambió el ánimo y nadie fue gibelino más fiero y más adversario de los güelfos que él. Y de lo que más me avergüenzo— pese a que esté escribiendo en honor a su memoria—es de que, en la Romaña, es de conocimiento público que él reaccionaba con tanta imprudencia ante cualquiera, incluso niños y niñas, que hablara de partidos y condenara al gibelino, que habría llegado hasta a lanzarles piedras. Y con esta animosidad vivió hasta la muerte.

Por supuesto, también me avergüenzo por manchar la fama de semejante hombre con algún defecto, pero el orden que estoy siguiendo así lo requiere en algún momento, porque, si oculto los aspectos menos loables de su persona, estaría restando credibilidad a los notables que ya he mostrado. Pero me disculpo con él mismo, si por casualidad me está observando con ojos desdeñosos desde la otra parte del cielo.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acanilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 76-77.

[Sobre *De Monarchia*]

Este egregio autor también escribió un tratado en prosa latina para celebrar la llegada del emperador Enrique VII, cuyo título es *Monarquía* y que, según las tres cuestiones sobre las cuales delibera, dividió en tres libros. En el primero, argumentando lógicamente, prueba que para el bienestar del mundo es necesario un imperio: y esta es la primera cuestión. En el segundo, procediendo por argumentos históricos, muestra que Roma obtuvo con razón el título de imperio: es la segunda cuestión. En el tercero, a través de argumentos teológicos, demuestra que la autoridad del imperio procede inmediatamente de Dios (y no por mediación de algún vicario suyo, como parece que quieren los clérigos): y esta es la tercera cuestión.

Varios años después de la muerte de Dante, este tratado fue condenado por micer Bertrand, cardenal Du Pouget, cuando Juan XXII era papa. Y ocurrió porque Luis IV, duque de Baviera, elegido rey de los romanos por los electores de Alemania, vino a Roma por su coronación contra la voluntad del mencionado Juan, que ocupaba la sede pontificia en Roma. Contra los ordenamientos eclesiásticos, convirtió en papa a un fraile menor, llamado fray Pietro della Corvara, y consagró a muchos cardenales y obispos, y por este nuevo papa se hizo coronar a su vez. Surgió así la cuestión de su autoridad y él y sus seguidores encontraron en el libro de Dante los argumentos a favor y empezaron a utilizarlos. Así se volvió famoso el tratado sobre la monarquía, que hasta aquel momento apenas era conocido.

Pero luego, cuando Luis IV regresó a Alemania y sus seguidores (sobre todo los clérigos) fueron doblegados y dispersados, el mencionado cardenal, sin que nadie se opusiera, condenó públicamente el libro a la hoguera argumentando que contenía razonamientos heréticos. Igualmente se esforzó en condenar los huesos del autor a la infamia eterna y en confundir su memoria; pero se opuso a ello un valiente y noble caballero florentino llamado Pino della Tosa, que se encontraba entonces en Bolonia, donde ocurría el debate, apoyado por micer Ostagio da Polenta, ambos muy poderosos ante el mencionado cardenal.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 89-90

[El sueño de pastor a pavo real de la madre de Dante]

[Sueños de la madre de Dante que lo vio convertirse rápidamente de pastor a pavo real]
Entre sus atributos, el pavo real tiene cuatro muy notables: el primero es que sus plumas son angelicales y parece tener cien ojos; el segundo, que sus patas son feas y su andar es quedo; el tercero, que su voz es terrible de escuchar; el cuarto y último, que su carne es fragante e incorruptible. Estos cuatro atributos encierran en sí mismos la Comedia de nuestro poeta, pero como el orden en que los he expuesto no se puede seguir de manera oportuna, lo iré adaptando según me resulte más cómodo y empezaré por el último.

Afirmo que el sentido de nuestra Comedia es parecido a la carne del pavo real porque—te refieras al sentido moral o al teológico o lo atribuyas a la parte del libro que más te guste—es una verdad simple e inmutable, que no solamente no puede ser corrompida, sino

que, cuanto más se busca, mayor olor de su incorruptible dulzura ofrece a quien la examine. Y podríamos probarlo fácilmente con muchos ejemplos, si la materia del presente tratado lo permitiera. Por eso, sin proponer ninguno, dejo que los entendidos los encuentren.

Dije poco antes que esta carne está recubierta por plumas angelicales y escribo «angelicales» no porque yo sepa si las de los ángeles son así o incluso si las tienen, sino porque, conjeturando como hacemos los mortales y sabiendo que los ángeles vuelan, supongo que lo harán con plumas. Y como no conozco, entre las de nuestras aves, ningunas más hermosas y más raras que las del pavo real, imagino que las de los ángeles serán así. Pero las del ave no reciben su nombre de las de los ángeles, sino al revés, porque el ángel es un pájaro más noble que el pavo real. Esas plumas que recubren el cuerpo poético interpreto que son la belleza de la historia singular, que resuena en la superficie de la lectura de la *Comedia*, es decir: descender al Infierno y ver la configuración del lugar y las condiciones de sus habitantes; subir por la montaña del Purgatorio y escuchar las lágrimas y los lamentos de quienes esperan ser salvados, y ascender al Paraíso ante la inefable gloria de los beatos. Jamás alguien pensó o escuchó historia más bella y más singular, repartida en cien cantos, así como algunos quieren que el pavo real tenga cien ojos en la cola. Estos cien cantos distinguen tan agudamente las oportunas variedades del tratado, como los ojos diferencian los colores y la diversidad de los objetos. Pues la carne de nuestro pavo real está bien recubierta de plumas angelicales.

Este pájaro tiene además pies feos y andar pausado, ambas características que se adaptan de manera óptima a la *Comedia* de nuestro autor porque, como es evidente que todo el cuerpo se aguanta sobre los pies, así a primera vista parece que toda obra escrita se sustenta sobre la forma de hablar. Y el habla vulgar, en la cual y sobre la cual se estructura cada articulación de la *Comedia*, en comparación con el estilo literario, elevado y magistral, que todos los demás poetas utilizan, es fea, aunque sea la más hermosa de todas para los ingenios contemporáneos. El andar que do significa la humildad del estilo, que se requiere necesariamente en las comedias, como saben los que entienden qué quiere decir «comedia».

Por último, he dicho que la voz del pavo real es horrible: aunque la suavidad de las palabras de nuestro poeta sea evidente en la primera lectura, quien observe bien su esencia reconocerá que el atributo se adecúa óptimamente a él. ¿Quién grita más que él, cuando con invectivas durísimas muerde las culpas de muchos vivos y castiga las de los difuntos? Para el que está dispuesto a pecar, ¿qué voz es más terrible que la del castigador? Ninguna, por supuesto. Con sus demostraciones, asusta a los buenos y aflige a los malvados; y cuando se dedica a esta tarea, podemos decir que su voz es realmente horrible. Por eso —y por todo lo explicado— es muy evidente que Dante fue pastor y se convirtió en pavo real después de su muerte, así como podemos creer que ocurrió en el sueño mostrado a su madre por inspiración divina.

—Giovanni Boccaccio, *Breve elogio de Dante*,
Barcelona: Acantilado, 2025.
Traducción de Marilena de Chiara, 99-102.